

La Crisis del siglo III. Realidad histórica y distorsiones historiográficas¹

*José Fernández Ubiña**

Durante el período que separa la entronización del emperador Cómodo (180 d. de C.) y la de Diocleciano (finales del 284), Roma conoció algunos de los momentos más trágicos y caóticos de su historia. Las invasiones de germanos y persas, las guerras civiles, los estragos de la peste, la despoblación de algunas regiones, el aumento de la presión fiscal y el empobrecimiento de amplias masas populares situaron al Imperio en condiciones tan difíciles que algunos llegaron a temer -y otros a desear- su propia desaparición. Los sentimientos pesimistas de algunas fuentes han conmovido tanto a historiadores modernos que no sólo estos momentos críticos, sino el siglo III en su conjunto, han venido a considerarse como el preludio fatídico de la decadencia y fenecimiento de la civilización clásica.

La "crisis del siglo III" es, sin embargo, un mito historiográfico. Las fuentes no avalan tantas y tan extendidas miserias en tan prolongado período de tiempo. En realidad, todos los elementos de las contradicciones internas que definen el Principado (autoridad imperial y senatorial; poder civil y militar; privilegios de Italia y explotación de las provincias; evergetismo urbano y cargas curiales...) habían mantenido un equilibrio inestable durante los siglos I y II, y ya entonces habían propiciado momentos no menos críticos que los documentados para la tercera centuria: desde la insurrección militar del año 14, apenas muerto Augusto, hasta la incapacidad de Marco Aurelio para sufragar con fondos públicos la resistencia a las invasiones bárbaras; desde el año trágico de los cuatro emperadores que compiten por el trono a la muerte de Nerón hasta

*Catedrático de Historia Romana del Depto. de Historia Antigua de la Universidad de Granada

¹ Este artículo desarrolla la conferencia pronunciada en el Seminario sobre *La transición del Mundo Antiguo al Medieval: problemas y vías*, organizado por la Fundación de Investigaciones Marxistas de Madrid, durante el curso 1995-96. Agradezco al profesor Juan Trías Vejarano su autorización para publicarlo ahora en la República de Chile, así como a mi colega de las Universidades de Concepción y del Bío-Bío, Alejandro Bancalari, por su interés en el mismo.

la guerra civil de Avio Casio contra el emperador filósofo. El Principado está igualmente poblado de emperadores ineptos o nefastos, unánimemente vituperados por la historiografía romana: Tiberio fue descrito como un hipócrita resentido, Calígula como un sádico perverso, Claudio como un subnormal, Nerón como impío parricida, Domiciano como un déspota... incluso la dinastía humanista de los Antoninos contó en sus filas a emperadores tan denostados como Adriano y por supuesto Cómodo, con el que se supone comienza una edad de hierro para el decrepito Imperio. Los problemas agrarios de Italia, la concesión de la ciudadanía romana a numerosos provinciales, la incipiente barbarización del ejército o la difusión espectacular de algunos cultos orientales son, a modo de muestra, testimonios irrefutables de las transformaciones políticas, sociales e ideológicas sufridas por el sistema imperial en sus dos primeros siglos: "Considerándolo de cerca -escribió Petit-, se llega a la conclusión de que la historia del Imperio no fue más que una sucesión de crisis en el seno de un apogeo completamente superficial"². Consecuentemente, el siglo siguiente no puede ser en modo alguno calificado en su conjunto como una época de "crisis" o de "decadencia". Por el contrario, extensas regiones del Imperio conocieron entonces períodos de bienestar, el largo reinado de los Severos (193-235) fue en general de estabilidad política y de recuperación socioeconómica y, en fin, desde Galieno (253-268) se ponen en práctica eficaces medidas reformistas que permitirían la definitiva recuperación del Imperio bajo Diocleciano y Constantino. Si Roma es durante el siglo IV el indiscutible amo del mundo, ello prueba la capacidad del régimen augústeo para superar sus antagonismos internos y las amenazas del exterior. Para cuestionar semejante evidencia, se ha argumentado que éste no era ya el Estado altoimperial, sino un Imperio con rasgos diferentes tanto en sus estructuras sociales como en sus superestructuras jurídicas o ideológicas. Es cierto. Pero de aquí no cabe deducir que el siglo III fuese una enfermedad mal curada, a no ser que se idealice el Principado como un período de armonía social y de esplendor espiritual frente al Imperio cristiano, barbarizado y cuasi feudal de la Antigüedad Tardía. En realidad, es aquí, en la contemplación del Bajo Imperio como declive de la cultura clásica, donde descansa en última instancia la valoración del siglo III como una época de crisis.

1. - El siglo III en la historiografía clasicista

A los pioneros de la historiografía moderna, los humanistas del *Quattrocento* y los ilustrados del XVIII, les interesó mucho más la época imperial de Roma que la monárquica y republicana. Los eruditos europeos de aquellos siglos, que sintieron una admiración singular por el mundo clásico, se preocuparon muy especialmente por las causas y las circunstancias de su final, algo que ellos sólo podían entender con criterios pesimistas y que convirtieron de hecho en el paradigma de cualquier momento histórico de decadencia. Así pues, la historia de la historiografía sobre el imperio se caracteriza, por una parte, por su notable

² PETIT P., *La paz romana*, Barcelona 1976, 258.

precocidad respecto a las otras etapas de la historia de Roma y, por otra, por su elaboración retrospectiva, a la luz de la "decadencia tardoimperial". Por esta razón, el siglo III, antesala de la decadencia romana, fue objeto de un interés muy particular que se mantendrá vivo hasta la actualidad³.

Pero semejante visión historiográfica no se sustentaba tanto en la naturaleza de las fuentes literaria como en las experiencias culturales de la Europa moderna, sobre todo en la ruptura del humanismo con los esquemas teológicos del Medioevo. El debate ideológico, y hasta la simple erudición romanista de estos siglos, tomaron la forma de una meticulosa reconstrucción histórica: Lorenzo Valla (1440) pudo así demostrar la falsedad de la *donatio Constantini* y de las cartas de Jesús al rey Abgaro de Edesa, Leonardo Bruni Aretino y Flavio Biondo polemizan poco después sobre las fechas y las causas de la *vacillatio* o *inclinatio* imperial, Juan Bodin refuta en su *Methodus* (1566) la identificación calvinista del Imperio romano con la cuarta monarquía de Daniel, Löwenklav reivindica la figura histórica de Juliano frente a Constantino (*Apología en defensa de Zósimo*, 1576) y Godefroy, por citar un último y relevante ejemplo, elabora un estudio sobre el *Codex Theodosianus* (1665) que sigue siendo hoy una obra de referencia⁴. Las evocaciones que entonces se hacían sobre la época monárquica o republicana (por ej. Petrarca o Maquiavelo) carecían, en cambio, de ese espíritu crítico, pues sólo eran proyecciones ideológicas de las élites cultas europeas a un mundo clásico mitificado, pasado y a la vez eterno. Naturalmente, todos tenían la convicción, que pocos compartirían hoy, de que la decadencia equivale al abandono de las tradiciones antiguas, en este caso de las virtudes republicanas, cuya recuperación era precisamente el ideario político de los hombres del Renacimiento y de la Ilustración.

Las luchas religiosas de la Europa moderna no hicieron sino afianzar esta orientación historiográfica, pues el movimiento reformista dijo inspirarse en la pureza del cristianismo primitivo a la par que tachaba a los católicos contrarreformistas de proseguir la tradición ritualista, autoritaria y vacua de la Gran Iglesia postconstantiniana. Precisar el momento en que aquel cristianismo inmaculado de los orígenes se convierte en la religión corrompida de la Iglesia triunfante o bien negar este proceso, pasó, por tanto, a constituir una tarea de vital trascendencia, como puede ilustrar en España la obra de Fernando de Mendoza en pro de la ortodoxia del Concilio de Ilíberis y de su validez histórica para justificar la política antiherética de Felipe II. Con una perspectiva más general, éstos son también los criterios con que el abad jansenista Sebastien Lenain de Tillemont escribe la *Histoire*

³ Para una visión historiográfica más detallada, cf. esp. MAZZARINO S., *Storia romana e storiografia moderna*, Nápoles 1954, 11 ss. IDEM, *El fin del mundo antiguo*, México 1961, 74 ss. MOMIGLIANO A., "La formazione della moderna storiografia sull'impero romano", en *Contributo alla storia degli studi classici*, Roma 1956, 107 ss. CHRIST K., "Der Untergang des römischen Reiches in antiker und moderner Sicht", en *Der Untergang des römischen Reiches, Darmstadt 1970, 1-31*; MAZZA M., *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel III secolo D. C.*, Roma-Bari 1973, 17 ss.

⁴ GODEFROY (GOTHOFREDUS), *Codex Theodosianus cum perpetuis commentariis* J. GOTHOFREDI, Ed. Ritter, 1736 ss.

des empereurs (de Augusto al siglo VI, 1690 ss.) y su contrapunto eclesiástico *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles* (Paris 1699 ss.), obras que pretenden aunar la historia política y religiosa a la manera cristiana del siglo XVII⁵.

La tradición historiográfica que interpretaba el imperio como decadencia de la Roma clásica alcanzará su cenit con la obra del ilustrado inglés Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-1787)⁶, cuyo propósito -expuesto sustancialmente en los capítulos 15 y 16- era sin embargo el contrario de Tillemont: narrar el fin del mundo antiguo ante los embates de la barbarie y de la religión cristiana, desde el esplendor de la dinastía de los Antoninos hasta la caída de Constantinopla en poder de los turcos el año 1453. Gibbon supera el anticuarismo humanista y la filosofía de la Historia de los ilustrados, sobre todo Voltaire y Montesquieu, pero también se vio limitado por los prejuicios ideológicos de unos y otros⁷. Su propia datación de la decadencia es ya un postulado anticuarista, pues sólo en ese espíritu cabría iniciarla con precisión el año 180, con la entronización de Cómodo, el hijo degenerado del gran Marco Aurelio. De ahora en adelante, las viejas virtudes romanas, la libertad y la moralidad política, no harán sino periclitarse ante el avance de fuerzas disolventes. Para hacer una afirmación tan contundente era necesario elevar el periodo anterior, el de los Antoninos, a una grandeza histórica igualmente desmesurada, y de hecho Gibbon sólo puede describir y justificar teóricamente un periodo tan prolongado de decadencia (casi 1300 años), convirtiendo el siglo II en una época paradisíaca: "si se tratase de puntualizar el plazo de la historia del mundo en que el linaje humano floreció y prosperó más señaladamente, nombraríase sin titubear el que medió desde la muerte de Domiciano hasta el advenimiento de Cómodo"⁸. El declive de esa edad mítica se materializa en un pésimo gobierno imperial, la pérdida del poder por parte del Senado y la degeneración política y racial del ejército. A la humillación de las clases dirigentes se contraponen los privilegios concedidos a unos soldados cada vez más barbarizados en todos los aspectos, como a su juicio ilustraba la política de los Severos. A sabiendas de que era una explicación insuficiente, Gibbon eleva su perspectiva teórica y reflexiona sobre el milagro de que un imperio tan vasto lograse perdurar tan largos siglos.

⁵ DIAZ TOLEDO A., *El Concilio de Elvira a la luz de Fernando de Mendoza*, Sodalitas III, 1983, 109-23.

⁶ GIBBON E., *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*, Madrid 1984 (Barcelona 1842). En adelante citada como GIBBON.

⁷ La obra de Gibbon han sido objeto inagotable de análisis en nuestro siglo. Entre los estudios más recientes cabe recordar WHITE L. (Ed.), *The transformation of the Roman World. Gibbon's Problem after two centuries*, Berkeley-Los Angeles 1966; BOWERSOCK G. W. y CLIVE J. (eds.), *Edward Gibbon and the Decline and Fall of the Roman Empire*, Cambridge, Mass. 1977; DUCREY P. (ed.), *Gibbon et Rome à la lumière de l'historiographie moderne*, Ginebra 1977; MOMIGLIANO A., "Gibbon's contribution to historical method", *Historia* 1 (1954), 450 ss. IDEM, "Edward Gibbon fuori e dentro la cultura italiana", en *Sesto Contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma 1980 (estos y otros artículos sobre Gibbon pueden verse reunidos en MOMIGLIANO A., *Sui fondamenti della storia antica*, Turin 1984, pp. 312 ss.); CRADDOCK P. B., *Edward Gibbon: Luminous Historian*, Standford 1987.

Es entonces cuando advierte la inconsistencia del *dictum* volteriano («Cet Empire est tombé parce qu'il existait. I faut bien que tout tombe»), para apostillarlo con un criterio más histórico: "The decline of Rome was the natural and inevitable effect of immoderate greatness"⁹.

Así pues, el siglo III es sólo el inicio de una decadencia multiseccular y natural, orgánica, cuya mejor expresión es la progresiva degradación del ejército ciudadano desde los tiempos de Mario. Si Montesquieu ya había relacionado la virtud republicana con la eficiencia militar y vio aquí el pilar de la grandeza romana¹⁰, para Gibbon la degeneración del ejército no era sino el reflejo de la degeneración social del Alto Imperio: "Orillado el requisito de propiedad, acaudillaban siempre los ejércitos romanos oficiales de nacimiento y educación hidalga; pero los meros soldados, al par de las tropas mercenarias de la Europa moderna, se alistaban entre las heces, y aun con frecuencia entre los mayores forajidos que afrontaban el linaje humano"¹¹. Aunque Gibbon sintió especial predilección por los temas militares, incluyendo los de su propia época, sus consideraciones aristocráticas reflejan en este caso el fuerte espíritu elitista de los ilustrados y su desprecio al pueblo llano. Por eso él juzga igual de degradante la *Constitutio Antoniniana*, que universalizaba la ciudadanía romana en tiempos de Caracalla, y se adhiere sin reservas a los planteamientos desechados de los historiadores prosenatoriales, en especial de aquellos que como Tácito o Dion Casio representan con fidelidad la "storiografía antimperial de la libertad perdida"¹². Ni él ni historiador alguno de la Ilustración se interesó por ningún aspecto de lo que hoy entendemos como historia social: el desarrollo provincial, las formas de trabajo y dependencia, la expansión de la ciudadanía romana... Todas estas cuestiones, que son las que realmente pueden explicar las transformaciones del siglo III, le pasaron inadvertidas o, peor aún, las percibió como testimonio de la decadencia y de la degeneración del viejo y virtuoso orden romano tradicional. En esta perspectiva, cabe afirmar que Gibbon no constata una crisis peculiar durante el siglo III, sino que ahí situó el punto de partida de un declive multiseccular. Así pues, su interpretación estuvo limitada por dos prejuicios:

⁸ GIBBON, cap. III, p. 98 (cf. en este mismo sentido las palabras iniciales de su obra: p. 19). Sobre la idealización de esta época, cf. GIARRIZZO G., *E. Gibbon e la cultura europea del Settecento*, Nápoles 1954, 244 ss.; LOMAS F. J., "Observaciones de E. Gibbon sobre los Antoninos desde la atalaya de la Ilustración", en GASCO F. y FALQUE E. (eds.), *El pasado renacido*, Sevilla 1992, 141-171, esp. 141-155.

⁹ VOLTAIRE, *Dictionnaire philosophique*, I, 260; GIBBON, cap. 38, p. 402: "la decadencia de Roma era natural e inevitablemente el paradero de tan descompasada grandeza... Sencilla y obvia es la relación de su ruina; y en vez de inquirir por qué se estrelló el imperio romano, debiéramos antes pasarnos de su dilatada duración".

¹⁰ MONTESQUIEU, *Considérations sur les causes de la grandeur des romains et de leur décadence*, París 1968, 32 ss.

¹¹ GIBBON, cap. I, p. 25.

¹² CALVANI V. y GIARDINA A., *Storia antica*. Roma, Roma-Bari 1978, 201 ss.

en primer lugar, por su propia conciencia de clase, por su contento de pertenecer a la minoría privilegiada que regía el mundo: "Cuando contemplo -escribe en su Autobiografía- la suerte común de los mortales tengo que reconocer que he sacado un gran premio en la lotería de la vida. La mayor parte del globo está sumida en la barbarie o en la esclavitud; en el mundo civilizado, la clase más numerosa se halla condenada a la ignorancia y a la pobreza y la doble suerte de mi nacimiento en un país libre y esclarecido, en una familia honorable y rica, es la venturosa contingencia de uno contra millones"¹³. En segundo lugar, porque esta conciencia clasista le lleva a evocar el mundo clásico como la cultura exquisita e impar de la que todo ilustrado se sentía heredero. Se trata, en suma, de una contemplación parcial del clasicismo, desautorizada por el relativismo cultural de la antropología moderna y por un conocimiento más riguroso del mundo antiguo, de sus contenidos populares, de sus variadas expresiones espirituales y de su evolución histórica.

La ideología elitista de Gibbon se deja traslucir igualmente en su valoración del Cristianismo como causa y sobre todo como consecuencia de la decadencia romana¹⁴. Se inspiraba para ello en la polémica desatada siglos antes por Johannes Löwenklau (1576), cuando reivindicó la veracidad histórica de la tradición pagana sobre Constantino, que lo presentaba como un emperador hipócrita y cruel, incapaz política y militarmente, un opresor fiscal y un asesino que sólo encontró paz, al final de sus días, en la conversión interesada a una fe cristiana dispuesta a perdonar los crímenes más execrables¹⁵. La polémica nos interesa además porque la crisis imperial se desplaza ahora del siglo III al siglo IV y será por tanto en este último donde se fecharán los factores disolventes del esplendor de Roma, desde los emperadores más pérfidos y la opresión fiscal hasta el declive militar y la propia corrupción eclesiástica. Gibbon otorga, sin embargo, un margen de sinceridad a la conversión de Constantino, teniendo en cuenta la cargada atmósfera espiritual de la época: "En temporadas de fervor religioso se echa de ver que hasta los estadistas más atinados están abrigando el mismo entusiasmo que infunden a los demás... Aplausos desmerecidos suelen a veces sacar a la luz prendas efectivas, y la religiosidad especiosa de Constantino, si era al principio meramente afectada, pudo luego, al impulso de alabanzas, ejercicio y ejemplo, redundar en fe veraz, entrañable y fervorosa"¹⁶. En esta perspectiva, aceptando la realidad del *Christianismus politicus* de Constantino y a la par explicándola como producto ideológico de su tiempo, Gibbon supera tanto los prejuicios anticristianos de los filósofos ilustrados como los apriorismos teológicos de la hagiografía eclesiástica, y establece las bases para una correcta comprensión histórica del triunfo del Cristianismo.

Sin esta ruptura gibboniana, sería inconcebible el análisis fundamental de J. Burckhardt sobre Constantino y su tiempo (1852). Superando los esquemas

¹³ GIBBON E., *Autobiografía*, Buenos Aires 1949, 158.

¹⁴ GIBBON, *Autobiografía*, 124; *Historia*, cap. 37, p. 308.

¹⁵ MAZZARINO S., *El fin del mundo antiguo*, 93 ss. MAZZA M., *op. cit.* 31

¹⁶ GIBBON E., *Autobiografía*, 73; *Historia*, cap. 20, p. 364.

empiristas de la *Altertumswissenschaft*, que aún prevalecían en el romanticismo final del siglo XIX, Burckhardt comprendió que la conversión de Constantino no era tanto un drama personal cuanto la manifestación más significativa de la pervivencia de la espiritualidad pagana en el Cristianismo. Por eso, para él la época de Constantino no se identifica con la obra del emperador, sino con la evolución cultural (*Kulturgeschichte*) del siglo III. Aunque influenciado por Gibbon, el planteamiento burckhardiano es en cierto modo antagónico al de todos los ilustrados, pues en absoluto considera que el clasicismo muriese ante el avance arrollador de la cultura cristiana. Muy al contrario, su interés primordial es describir el proceso exquisitamente histórico de la continuidad: "Resumiendo todo lo dicho hasta aquí, veremos que no sólo la disolución del paganismo favorece, de un modo general, al cristianismo, sino que muchos de los síntomas de esa disolución contienen como un prenuncio del cristianismo, se acercan a él. En primer lugar, la mezcla de dioses era muy apropiada para preparar el terreno a una nueva religión. Desnacionalizaba lo divino y lo hacía universal... Además, el contenido esencial de las ideas paganas tardías era bastante análogo al cristianismo"¹⁷. No era una idea aislada y brillante del entonces jovencísimo Burckhardt. Su tesis emana en realidad de una concepción histórica revolucionaria (en relación con la pobreza teórica del historicismo optimista que lo circundaba, inspirado por Mommsen, y que tan injustamente marginó su obra¹⁸), al comprender que la época imperial no interesa por la grandeza de sus personajes sino por la trascendencia de las transformaciones culturales y más concretamente por el proceso que abocó en la hegemonía social y espiritual del Cristianismo, que para él era también el acta de nacimiento de la vieja Europa. Se entiende así la importancia del siglo III, cuyo estudio ocupa la mayor parte de su obra, al margen de sus convulsiones militares o monetarias. Lo que se verificó entonces no fue un enfrentamiento violento, sino la "demonización del paganismo", un declive natural y general de la cultura clásica -e incluso de la sociedad, con la perceptible degeneración racial de sus élites-, que apenas logrará sobrevivir bajo la bandera extraña del Cristianismo triunfante: "Toda la historia de esta época es un testimonio elocuente del envejecimiento y decadencia de la vida romana, en lo que no incumbe culpa alguna al cristianismo... "Para avalar su tesis, Burckhardt recurre a diversos testimonios monumentales y escritos (Séneca, Plinio, Petronio, Floro, Dion Crisóstomo, Dion Casio, Quintiliano, Juvenal, Aulo Gelio, Eliano, Ateneo, Macrobio...), sin advertir que la mayoría de estos autores denigraron su propio tiempo y exaltaron los tiempos pasados sin ánimo de denunciar la realidad social (de la que ellos eran beneficiarios) sino de expresar más bien su tímida oposición al

¹⁷ BURCKHARDT J., *Del paganismo al cristianismo. La época de Constantino el Grande*, México 1982, 238-239. Cf. LÖWITH K., *El sentido de la Historia*, Madrid 1968, 37-52.

¹⁸ El estudio más completo es el de KAEGI W., *J. Burckhardt. Eine Biographie*, 4 vols. Basilea/ Stuttgart 1950-1967. Cf. además MAZZARINO S., "Burckhardt politologo. 'L'età di Costantino' e la moderna ideazione storiografica", en *Antico, tardoantico ed èra costantiniana*, Roma 1974, 32-50, y MOMIGLIANO A., "Introduzione alla *Griechische Kulturgeschichte di Jacob Burckhardt*", en *Sui fondamenti della storia antica*, 393-409 (con un "Appendice critico- bibliografica", en pp. 404-409).

Principado y su vinculación nostálgica a la ideología de la *libertas* senatorial¹⁹.

Eliminar el antagonismo entre paganismo y cristianismo fue ciertamente una de las aportaciones más valiosas de Burckhardt, pero había en su obra una observación sobre la degradación racial de las élites, que tendría un extraordinario desarrollo y una desafortunada aplicación sociológica por los movimientos racistas de la modernidad: "si miramos al tipo físico no podemos negar que en esta época se produce una degeneración de la raza, por lo menos en las clases altas. El juicio no se basa únicamente en las manifestaciones de autores que, en diversas ocasiones, aludieron ya muy pronto a algo parecido, sino que es el arte mismo quien nos proporciona la prueba más irrefutable en numerosos monumentos, hasta en aquellos que no permiten ninguna excusa por virtud de la torpeza del artista"²⁰. La evolución biológica de los pueblos y de las culturas era en efecto una concepción histórica con ilustres antecedentes clásicos y cristianos, como Séneca, Floro o Cipriano, que habían encontrado en ella una fácil explicación para los problemas de su propio tiempo. El romanticismo decimonónico recupera esta idea desde su perspectiva más gratificante: el encanto de unos pueblos jóvenes, salvajes y aún no corrompidos por la civilización, que vienen a renovar y revitalizar Roma en los años de su senectud. La visión de la vejez como decadencia (o viceversa) se adornó con tonos cientifistas (y hasta poéticos) tras las indagaciones de Darwin sobre la evolución de las especies publicadas en estas fechas²¹, cuyas leyes se hicieron extensivas, de manera entusiasta y mimética, a todos los aspectos de la vida social y del desarrollo histórico. La historiografía de la época emplea con profusión los novísimos conceptos de raza, herencia, rasgos físicos, degeneración, factores climáticos, crecimiento demográfico, superpoblación, etc. y un postulado nada inocente comienza a tener carta de ciudadanía: el orden social es un orden natural. Llegado a este punto, el llamado darwinismo

¹⁹ Cf. MACMULLEN R., *Enemies of the Roman order. Treason, unrest and alienation in the Empire*, Londres 1992, 1 ss. y 242-4; BURCKHARDT J., *Del paganismo al cristianismo*, 242 ss. En su *Weltgeschichtliche Betrachtungen* (traducción catalana, *Consideraciones sobre la historia universal*, Barcelona 1983) Burckhardt insiste en esta confluencia cultural del cristianismo y del paganismo tardorromano. El profesor de la Universidad de Keele, G. Nussbaum, que compensa sobradamente su invidencia física con una penetrante agudeza histórica, me llamó epistolarmente (Junio, 1994) la atención sobre este precedente burckhardtiano (que yo desconocía cuando escribí "*Le Concile d'Elvire et l'Esprit du paganisme*", DHA 19, 1, 1993, pp. 309-318), con palabras que reproduzco como agradecimiento a este colega singular y como síntesis de la aportación teórica del gran historiador de Basilea: "*he has a view there that the key concept for understanding what happens in history is the concept of metamorphosis.... And he asserted that there has been only one fully completed metamorphosis so far, and that was the transformation of the Western Roman Empire into the Roman Catholic Church, or perhaps we should call it Western Christendom. It is an interesting idea -how well it will stand up to scrutiny I don't know. But it struck me, reading your paper, that the Council of Elvira as expounded by Ubiña might well be cited in support of Burckhardt's thesis*".

²⁰ BURCKHARDT J., *Del paganismo al cristianismo*, 246.

²¹ DARWIN Ch., *On the origins of species by means of natural selection*, Londres 1859. La más célebre contemplación poética de la decadencia es el soneto que Verlaine dedica a Georges Courteline: "Je suis l'Empire à la fin de la décadence, / Qui regarde passer les grands Barbares blancs... (Jadis et naguère, 1884): cf. MARROU H. -I., *¿Decadencia romana o antigüedad tardía? Siglos III-VI*, Madrid 1980, 12 ss.

sociológico no era, pues, sino una burda justificación de las desigualdades impuestas por un capitalismo rampante.

En este ambiente escribe Otto Seek su célebre *Geschichte des Untergangs der antiken Welt*, una obra meritoria en cuanto descubre por primera vez el Bajo Imperio a la historiografía positivista, pero que, a la postre, no es sino la aplicación de los criterios racistas y darwinistas antes mencionados a la historia del Imperio romano²². A diferencia de Burckhardt, que explicaba la degeneración social y cultural del Imperio como un proceso orgánico y espiritual, Seek formula una tesis científicista y dogmática en consonancia con su propio tiempo: la decadencia de Roma fue debida a la eliminación de los mejores (*Ausrottung der Besten*), un planteamiento anómalo de los principios darwinistas pues deduce una evolución en sentido inverso, en beneficio de los peores, durante el Bajo Imperio. Seek nos interesa especialmente por su contemplación positiva del siglo III: si hubo una época catastrófica en la historia de Roma, ésa sería la época de Constantino y de sus sucesores, a los que consagra la mayor parte de su obra. La decrepitud había alcanzado a todas las esferas de la vida pública y privada del Principado: el imperio recaía en manos despóticas de ineptos, corruptos y cobardes, al igual que las restantes instituciones cívicas del Imperio; el ejército debía recurrir a levas obligatorias y apenas si lograba alistar a marginados sociales, provinciales y bárbaros; la religiosidad había perdido su autenticidad original en provecho de los cultos orientales; la sociedad había igualado por abajo a la aristocracia tradicional y a los espíritus más sublimes con los antiguos esclavos, libertos, provinciales y extranjeros, que son convertidos en ciudadanos por Caracalla como reconocimiento legal de la naturaleza plurinacional, no romana, del Imperio; la economía, simbolizada en el sistema de patronato, se sustentaba en el parasitismo y el servilismo social, y éstos eran también los rasgos de la producción literaria y artística. Consciente de esta situación calamitosa, Marco Aurelio intenta fortalecer las legiones y mejorar la agricultura alistando a los bárbaros y asentándolos como colonos. Aunque ya era demasiado tarde, fue esta savia vigorosa la que evitó el colapso definitivo, frenó durante el siglo III los impulsos decadentes y dio a Roma sus postreros momentos de gloria. No fueron pues las *gentes externae* los responsables de su ocaso final. Nunca habrían podido doblegarla si ya no estuviera moribunda por sus propios males. Pero estos pueblos jóvenes, dirigidos por la excelencia de una realeza electiva que recaía en los más capaces de la nobleza y del *Volk* (al contrario de lo que acaecía en Roma), asimilaron con rapidez los aspectos más avanzados de la cultura clásica, desarrollaron sus potencialidades productivas, crecieron demográficamente y pronto se percataron de que su área de expansión natural eran los territorios despoblados del viejo y racialmente degenerado Imperio.

En la misma medida que el imperialismo prusiano y el darwinismo sociológico animan la indagación de Seek, la revolución bolchevique y el materialismo histórico constituyen el contrapunto contemporáneo de las tesis de Rostovtzeff sobre el declive del imperio romano a lo largo del siglo III, cuando las masas campesinas e incultas, en

²² SEEK O., *Geschichte des Untergangs der antiken Welt*, 6 vols. Stuttgart 1894 ss. La alta valoración que hace del autor y su obra M. Mazza (Op. cit., 57 ss.) no me parece convincente.

complicidad con los brutales emperadores soldados, aniquilaron a la "burguesía urbana" del Imperio y, con ella, a la cultura clásica²³. Nunca hasta ahora esa centuria había recibido una consideración tan individualizada y negativa, y quizá sin la aportación de este célebre ruso blanco, exiliado en Oxford, la "crisis" del siglo III carecería de la entidad historiográfica que ha disfrutado hasta hoy. Y ello a pesar de algunos errores manifiestos y de su idealización de las clases medias de las ciudades romanas (a las que denomina burguesía urbana), que habrían sido las clases hegemónicas del Alto Imperio y las responsables de su esplendor económico y cultural. Aunque Rostovtzeff silencia aspectos tan fundamentales como la relación de esta clase con los medios de producción y con los aparatos de Estado, cree que su bienestar derivaba de la explotación de las clases inferiores, particularmente del proletariado urbano y del pequeño campesinado. La crisis estalló por la negativa burguesa a ampliar su base social, permitiendo que los elementos más activos de las restantes clases pudieran gozar también de sus privilegios. La sociedad se polarizó así en dos grupos irreconciliables, burguesía urbana y masas explotadas. Aliadas éstas con los emperadores-soldados, cuyos ejércitos nutrían²⁴, el siglo III es el momento de las luchas de clases más grandiosas de la Antigüedad. Pero su resultado no fue, como nunca lo ha sido, la mejora de las condiciones de vida de los insurgentes, sino la generalización de sus miserias económicas y culturales a toda la sociedad. Lo que sigue al siglo III es sólo ignorancia, despotismo oriental y burocracia cortesana: "el fenómeno principal del proceso de decadencia fue la absorción gradual de las clases cultas por las masas y la simplificación consiguiente de todas las funciones de la vida política, social, económica e intelectual, o sea aquel proceso al que damos el nombre de barbarización del mundo antiguo. La evolución del mundo antiguo es para nosotros una lección y una advertencia. Nuestra civilización no perdurará sino a condición de no ser la civilización de una sola clase, sino la civilización de las masas. Las civilizaciones orientales fueron más estables y duraderas que la grecorromana porque, hallándose basadas principalmente en la religión, eran más accesibles a las masas. Otra enseñanza es que las tentativas violentas de nivelación no han conducido jamás a la elevación de las masas; no han hecho más que aniquilar a las clases superiores, acelerando así el proceso de barbarización. Pero la interrogación última se alza como un fantasma siempre presente y contra el cual ningún exorcismo vale: ¿es posible extender a las clases inferiores una civilización superior sin degradar el contenido de la misma y diluir su calidad hasta desvanecerla por completo? ¿No está condenada toda civilización a decaer apenas comienza a penetrar entre las masas?"²⁵

²³ ROSTOVITZEFF M., *Historia económica y social del Imperio Romano*, 2 vols. Madrid 1962 (original inglés de 1926).

²⁴ En la primera edición inglesa de su obra Rostovtzeff hablaba abiertamente de las legiones romanas como si fuesen "el ejército rojo de campesinos", juicio que eliminó en ediciones posteriores: Cf. la excelente y algo jocosa valoración de MOMIGLIANO A., *Studies in Historiography*, Londres 1966, 91-104.

²⁵ ROSTOVITZEFF M., *Op. cit.*, vol. II, 489.

La conclusión pesimista de Rostovtzeff se ha contrapuesto a menudo con el optimismo que irradiaba Gibbon en el célebre capítulo 38 de su *History*: "Aquella revolución extraordinaria -escribía el historiador inglés- tiene su cabida provechosa en la instrucción del siglo presente. Todo patriota tiene que anteponer y ensalzar exclusivamente los intereses y la gloria de su patria; mas corresponde a un filósofo el ensanchar sus miras y conceptuar Europa a fuer de una gran república, cuyos varios moradores han venido a encumbrarse al mismo nivel de instrucción y de cultura. Seguirá el equilibrio del poder con sus vicisitudes, y alternativamente sobrepujará la prosperidad en nuestro reino o en alguno de los inmediatos; mas tales acontecimientos parciales no alcanzarán a dañar esencialmente al estado general de bienandanza, al sistema de artes, leyes y costumbres con que tanto descuellan en el orbe los europeos y sus colonias. Las naciones montaraces del globo son enemigas comunes de la sociedad civil; y podemos inquirir ansiosamente si está todavía amagando a Europa una repetición de aquellas desventuras que aniquilaron las armas e instituciones de Roma. Quizá las mismas reflexiones ilustrarán la ruina de aquel imperio poderoso, y explicarán las causas probables de nuestra seguridad presente"²⁶. Aunque las conclusiones de uno y otro son diametralmente opuestas, ambas emanan de la misma fuente. No del análisis crítico del mundo antiguo sino del estado de ánimo con que la burguesía moderna a la que ellos pertenecían afrontaba la realidad de su propio tiempo: la etapa de expansión imperialista en el siglo XVIII de Gibbon y las incertidumbres sociales ante el avance de las "masas" comunistas en la Europa de principios del siglo XX que le tocó vivir a Rostovtzeff.

2. - La renovación historiográfica moderna: el siglo III como época de transformación socioeconómica y de innovación cultural

El rasgo principal de la historiografía más reciente sobre el siglo III es el abandono del concepto de "crisis" por el de "continuidad y transformación", una idea que ciertamente ha fascinado a no pocos historiadores actuales, aun cuando no todos se hayan preguntado seriamente si acaso transformación y crisis no pudieran tener el mismo significado²⁷. En todo caso, la idea de una evolución histórica, frente a la de ruptura o decadencia, no presupone renunciar a cierta idealización del mundo antiguo ni desembarazarse consiguientemente del lastre negativo con que los filósofos ilustrados, Gibbon o Rostovtzeff hipotecaron la interpretación del siglo III. De hecho, no pocos historiadores contemporáneos se mantienen fieles a esta visión tradicional, estiman la dinastía de los Antoninos como el período más glorioso de Roma y creen incluso que a partir del siglo III se inicia la Edad Media. Pero si algo realmente novedoso define en este sentido a la historiografía más reciente es la integración del mundo antiguo en la evolución histórica como una etapa más que,

²⁶ GIBBON, *cap. 38, p. 404*.

²⁷ MAZZARINO S., *El fin del mundo antiguo, cap. XIII, 189 ss.* MAZZA M., *Op. cit., cap. II, 93 ss.* Los trabajos más importantes han sido reproducidos en KAGAN D. (ed.), *The End of the Roman Empire. Decline or transformation?*, Toronto 1978.

en aspectos importantes (esclavitud, arte, religiosidad, etc.), se prolonga durante el periodo medieval y puede por tanto estudiarse en confrontación con el mismo. En otras palabras, el clasicismo ha dejado de ser el reflejo especular de las élites modernas, sus valores han recuperado su dimensión histórica real y, en fin, nadie lo rememora hoy como crítica de la realidad presente o alternativa utópica de futuro. Se ha superado así la ambigüedad ancestral de los estudios clásicos como recreación de la cultura contemporánea: el clasicismo no es ya, ni quizá vuelva a serlo jamás, la bandera ideológica que acogió durante siglo los proyectos reformistas de unas minorías ilustradas que lo evocaron como el modelo más sublime de sus propias aspiraciones culturales y que estudiaron, por tanto, su declive en una perspectiva menos histórica que sentimental²⁸.

Crisis and Recovery, el título que N. H. Baynes, su coordinador, dio en 1939 al volumen final de la célebre *Cambridge Ancient History*, ilustra bien el desacuerdo de sus autores con las tesis pesimistas de Rostovtzeff y la orientación de los estudios tardorromanos en los últimos decenios. Una visión absolutamente negativa del siglo III era insostenible, y de hecho ninguno de los historiadores que participaron en la redacción de este volumen habló de "decadencia", aun cuando los siglos siguientes fuesen analizados en el volumen I de la *Cambridge Mediaeval History*, coordinado igualmente por Baynes. Desde entonces hasta hoy la historiografía antigua y medieval oscilará entre la valoración del siglo III como punto final de la Antigüedad clásica o bien como un período transitorio de crisis que será superada por Diocleciano y Constantino. En este último supuesto, la cuestión principal estriba en dilucidar si el nuevo imperio cristiano es una continuación de la mítica edad antonina o si por el contrario la superación de la crisis se ha verificado al precio de una transformación radical de sus estructuras socioeconómicas, de sus instituciones políticas y de sus expresiones ideológicas. La respuesta nunca será fácil²⁹. Superada en todo caso la contemplación elitista del mundo antiguo como un conjunto de valores absolutos y normativos, superiores a los de cualquier otra cultura o período histórico, el siglo III comienza a ser analizado desde una perspectiva más crítica del material literario y tomando en consideración las numerosas aportaciones de la arqueología, la epigrafía y la numismática. Esta pluralidad de enfoques ha hecho posible, por una parte, diferenciar etapas y aspectos históricos de desarrollo e

²⁸ En esta atmósfera debe entenderse la sentencia orteguiana ante el fin de la cultura clásica: "el fenecimiento de una civilización es, para el hombre, la escena más saturada de melancolía" (ORTEGA Y GASSET J., "Sobre la muerte de Roma", en Obras completas II. El Espectador (1916-1934), Madrid 1966, p. 537). Cf. CANFORA L., *Ideologías de los estudios clásicos*, Madrid 1991, esp. pp. 5-8 ("Prólogo a la edición española") y 235 ss.

²⁹ Sobre este aspecto, cf. MAIER F. G., *Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII*, Bilbao 1972, 2-15 y PIGANIOL, *L'Empire Chrétien*, Paris 1947. A la manera de la CAH, en el vol. 3. I de la Storia di Roma dirigida por A. Momigliano y A. Schiavone (Roma-Bari 1988 ss.) y subtítulo Crisi e trasformazioni se analizan los aspectos más diversos del siglo III, pero ninguno de sus autores utiliza los términos crisis o decadencia. Más significativo es si cabe el coloquio celebrado en Estrasburgo en 1981 y editado por E. FRÉZOUSLS con el título *Crise et redressement dans les provinces européennes de l'Empire (milieu IIIe-milieu IVe siècle a. J. C.)* (Estrasburgo 1983): ninguna de sus 11 contribuciones aborda aspecto alguno del siglo III desde un presupuesto de "crisis" o "decadencia".

influencia desigual. Por otra, algunas tesis formuladas siglos atrás por los grandes maestros de la Ilustración o del romanticismo decimonónico han sido replanteadas sin prejuicios clasicistas: en la esfera artística, literaria y religiosa, por ejemplo, las transformaciones del siglo III, que siempre fueron destacadas como testimonio de la decadencia cultural, se valoran ahora como el nuevo lenguaje de una sociedad transformada, pero tan clásica como la del siglo II. Sin pretender ser exhaustivos, éstas son en mi opinión algunas de las líneas más innovadoras de la investigación reciente sobre este período:

1. - En la esfera socioeconómica e institucional (ámbitos que el mundo clásico no diferenciaba³⁰), cabe destacar los estudios sobre la economía monetaria y la inflación, temas que habían sido ignorados en los trabajos de los primeros decenios de este siglo. La obra pionera de Mickwitz intentó ya probar que las reformas monetarias de Diocleciano y Constantino, sobre todo el *solidus* áureo, sirvieron para impulsar los cambios y la economía privada del Bajo Imperio, cuestionándose así el estancamiento y el dirigismo estatal que han atribuido a esta época historiadores de inspiración teórica muy diversa, desde el modernista Meyer al filomarxista Walbank³¹. Prosiguiendo las ideas de Weber sobre el fisco romano como *oikos*, Mickwitz defendió además la existencia de un sistema económico bipolar en la Roma tardía: ante la inflación reinante, la burocracia y el ejército recurrían a una economía natural y exigían que los pagos se hiciesen en especie, mientras que los contribuyentes veían más ventajoso hacerlo en moneda devaluada tal y como refleja el pasaje de la Historia Augusta sobre la *adaeratio*³². La consiguiente lucha social entre la burocracia imperial y los contribuyentes (*collatores* y *possessores*), resuelta definitivamente a favor de éstos, sería para Mickwitz la causa principal de la desintegración del Estado romano. Como es sabido, en fechas posteriores Mazzarino volvió sobre esta problemática haciendo importantes matizaciones a la visión liberal del historiador finlandés y concluyendo con una tesis opuesta en el plano social: para Mazzarino, en efecto, ninguna contradicción relevante enfrentó a la burocracia y a los terratenientes, sino que, por el contrario, ambos grupos formaron una alianza clasista frente a las clases trabajadoras³³.

³⁰ Cf. a este respecto las precisiones de S. Mazzarino contra B. Croce en la citada *Storia romana e storiografia moderna*, 69 ss.

³¹ MICKWITZ G., *Geld und Wirtschaft im römischen Reich des vierten Jahrhunderts*, 1932; MEYER E., "La evolución económica de la Antigüedad", en *El historiador y la historia antigua*, México 1983, 65-135 (original alemán de 1895); WALBANK F. W., *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio romano en Occidente*, Madrid 1978, 91 ss.

³² Vit. Caludii, XIV, 14: "nada debe abonarse en dinero, y si en algún sitio falta algo, no debe suministrarse ni tampoco pagarse en dinero", ordena el emperador Valeriano al gobernador de Siria. Cf. WEBER M., "La decadencia de la cultura antigua. Sus causas sociales", en BLOCH M. y otros, *La transición del esclavismo al feudalismo*, Madrid 1975, 35-57.

³³; MAZZARINO S., *Aspetti sociali del quarto secolo. Ricerche di storia tardo-romana*, Roma 1951, 47-71 y 137-217; IDEM, *L'Impero romano II*, Roma-Bari 1980, 495 ss. 673 ss. IDEM, *El fin del mundo antiguo*, 160 ss. IDEM, *¿Se puede hablar de revolución social al fin del mundo antiguo?* ", en BLOCH M. y otros, *La transición del esclavismo al feudalismo*, 131 ss. Cf. además STAERMAN, "Programmes politiques à l'époque de la crise du III siècle", CHM 4, 2 (1958), 310-329 y los trabajos teóricos de inspiración marxista recogidos en PETIT P. y otros, *El modo de producción esclavista*, Madrid 1978.

Los estudios numismáticos no han resuelto, sin embargo, interrogantes fundamentales del siglo III. La fortísima depreciación de la ley monetaria a mediados de este siglo, cuando algunas monedas de plata llegan a contener apenas un 1 % de este metal; la emisión de nuevos tipos y valores, como el *antoninianus* y el *aurelianus*; la recuperación de la confianza en la moneda de bronce o la citada reforma constantiniana prueban los profundos desajustes económicos de la época, pero no así sus consecuencias sociales y económicas concretas. No estamos seguros de que sea correcto hablar de inflación ni tampoco podemos explicar por qué la depreciación del numerario no siempre repercutió en los precios. En consecuencia, es tema sujeto a debate si los trastornos monetarios afectaron por igual a todos los sectores sociales o acaso golpearon particularmente, como afirman algunos historiadores, a las clases más dinámicas de las ciudades (artesanos, comerciantes, profesionales...) sin que apenas se vieses afectados los altos funcionarios y militares (retribuidos al menos parcialmente en especie o en monedas de oro) ni tampoco los sectores sociales más humildes (cuya economía se basaba prioritariamente en la moneda de bronce). En todo caso, debe tenerse en cuenta que la moneda antigua no era fiduciaria y que su función en una economía de base agraria como la romana era relativamente poco importante³⁴.

Es, sin embargo, indudable que a lo largo de este siglo el Imperio sufre una profunda reestructuración social, residiendo precisamente aquí, según creo, el cambio más trascendental de esta época. Fenómeno perceptible en sus líneas generales, su propia complejidad y la variedad territorial del Imperio exigen estudios monográficos (locales y de períodos concretos) que realcen los matices de su naturaleza y evolución. El factor desencadenante del proceso, como ya apreció Weber, pudo ser la notable disminución de esclavos y su sustitución por colonos, con el consiguiente declive de la economía mercantil en beneficio de la producción autárquica local desde fines del siglo II. El hecho de que los esclavos no fuesen ya simple botín de guerra sino trabajadores domésticos, que a menudo nacen, se reproducen y mueren en la casa del propietario, hizo aún más reducidos los márgenes de beneficio obtenidos por su explotación. Quizá por ello las clases dominantes compensaron esta pérdida acentuando la explotación de otros sectores sociales, como los jornaleros, colonos y pequeños propietarios. Los grupos más débiles de las antiguas oligarquías municipales pierden su status privilegiado y algunos curiales engrosan las filas de los *humiliores*, calificación genérica de los sectores sociales dominados por la minoría de los *potentiores* (burócratas, clérigos y terratenientes). Las necesidades fiscales y militares del Estado, incrementadas en estos decenios de guerras continuas, recaerán precisamente sobre estos grupos de marginados agravando aún más su situación, mientras que los más

³⁴ Cf. BOLIN S., *State and Currency in the Roman Empire to 300 A. D.*, Upsala 1958, 248 ss. CALLU J. -P., *La politique monétaire des empereurs romains de 238 à 311*, Paris 1969, 292 ss. IDEM, "Approches numismatiques de l'histoire du IIIe siècle (238 à 311)", ANRW 11, 2 (1975), 594-613; MAZZA M., Op. cit. 273 ss. CRAWFORD M. H., "Finances, coinage and money from the Severans to Constantine", ANRW 11, 2 (1975), 560-593; DE MARTINO F., *Historia económica de la Roma antigua*, Madrid 1985, vol. II, 453 ss. 465, 502; CAVADA NIETO M., *La crisis económico-monetary del s. III: ¿un mito historiográfico?*, Santiago 1994 (sobre dos tesorillos de la provincia de Lugo).

poderosos procuran eludir sus obligaciones políticas y fiscales, conformando en Occidente centros de poder autónomo y de tipo feudal. El proceso no fue lineal. La recuperación económica, la paz con el exterior o la política decidida de un emperador autoritario suponía lógicamente un retorno más o menos prolongado al régimen del Principado, a la recuperación del protagonismo municipal e incluso a la represión y control de los sectores privilegiados más díscolos. Esta es la realidad que define al siglo IV, época de aparente estancamiento social -con profesiones hereditarias y colonos adscritos a la tierra-, pero también de espectacular movilidad gracias al beneficio imperial o a las perspectivas nuevas de la carrera eclesiástica³⁵.

Las transformaciones sociales tuvieron, pues, una motivación económica, pero su expresión más visible fue de carácter cívico por afectar a las curias municipales que habían sido el pilar clave del Imperio. Por esta razón, la crisis urbana del siglo III no es un fenómeno esencialmente arqueológico sino político, constatable sobre todo a través de la epigrafía. Es la crisis del sector decurional, el *ordo* que animó la vida municipal del Imperio y su economía de base esclavista y mercantil. La epigrafía altoimperial es pródiga en testimonios de su beneficencia ciudadana, de sus dispendios evergéticos y de sus carreras políticas. Cuando se quiebran los fundamentos de este *ordo* -la economía esclavista y mercantil- y el poder central es incapaz de protegerlo frente a las tendencias autárquicas de los potentes terratenientes, muchos de sus componentes pasan a engrosar las filas de los *humiliores*, otros son obligados a sostener las cargas municipales (*obnoxii curiae*) y otros, los más privilegiados (*possessores, principales, exactores*), asimilados de hecho a los *potentiores*, se sirven de sus atribuciones fiscales para aumentar su riqueza y poder, expoliando aún más al pueblo. La vida municipal ha cambiado de significado para todos. Nadie se interesa ya por ocupar cargos públicos y son muy pocos quienes pueden y quieren sufragar las tradicionales actividades evergéticas del *cursus honorum*. Nada prueba mejor estos cambios sociopolíticos que el descenso radical de los epígrafes de las oligarquías municipales a mediados del siglo III. Pero, una vez más, la generalización teórica debe dar paso a estudios concretos, acotados en el tiempo y en el espacio, pues sólo así entenderemos por qué los curiales y magistrados locales, que ahora están soportando el peso de las transformaciones socioeconómicas en casi todo el Imperio, aparecen en momentos y provincias determinadas, incluso durante el siglo IV, como un sector poderoso, temido y odiado por la población más humilde³⁶. Aunque fuese indirectamente, todo ello propició la renovación de la clase senatorial, que ahora se nutre de los elementos más ambiciosos de la aristocracia provincial, de la Corte, de la Iglesia y del ejército. El orden senatorial se hizo así tan heterogéneo como ya lo eran las Curias locales, de

³⁵ HOPKINS, M. K. "Social mobility in the Later Roman Empire: the Evidence of Ausonius", C1Q 11 (1961), 239-49; MACMULLEN R., "Social mobility and the Theodosian Code", JRS 1964, 49-53; JONES *The Later Roman Empire*, 3 vols. Oxford 1964, esp. vol. II, 105 ss.

³⁶ LE PELLE Y C., "Qot curiales, tot tyranni. L'image du décurion oppresseur au Bas-Empire", Crise et redressement, 143-56; GARNSEY P., "Aspects of the decline of the urban aristocracy in the Empire", ANRW 11, 1 (1974), 229-52; MILLAR F., "Empire and city. Augustus to Julian: Obligations, Excuses and Status", JRSO 73 (1983), 76-96; STE CROIX G. E. M. de, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona 1988, 542-52.

modo que sólo en contados lugares, Roma en particular, mantuvo intacto el orgullo de su rancio abolengo y la fidelidad a sus tradiciones³⁷.

El siglo III da un nuevo perfil a las instituciones más importantes del Estado: el ejército, el emperador y la corte. La historiografía ilustrada y romántica, como ya vimos, se percató bien de ello. Desde Mario, el ejército romano acentuó su carácter permanente y profesional, abriendo sus filas a los desheredados primero y luego a los propios bárbaros. Desde el siglo II la conscripción es local y con los Severos se legaliza el matrimonio de los soldados. El limes se defenderá, pues, con gentes que habitan aquellas regiones, trabajan sus tierras y, tras su licenciamiento, son reemplazados por sus propios hijos. Gran parte de los contingentes son bárbaros, que usan sus propias armas y tácticas, y que defienden el Imperio a cambio de tierras: la economía natural, diría Weber, aplicada a la milicia. En otras palabras, el ejército se barbariza y se civiliza a un mismo tiempo. Paralelamente, la sociedad civil tiene que organizar con frecuencia su propia defensa y sus instituciones sociopolíticas sirven frecuentemente a este fin: en este sentido, como señaló MacMullen, la vida civil y militar tienden realmente a confluír³⁸. En lo que afecta a la Corte, el siglo III contempla el fin de Roma como capital única, la renovación de la *nobilitas* y la dignificación orientalizante y sacrosanta del emperador como *deus et dominus*. El poder se distancia ceremonialmente de sus súbditos en la misma medida que intensifica su explotación en beneficio de los *potentiores*. Es, pues, absolutamente impensable una alianza imperial con el campesinado, como afirmaba Rostovtzeff. Por el contrario, lo que realmente se produjo con Diocleciano y Constantino fue una intensificación de las formas de explotación materializada en el colonato, el nuevo sistema de impuestos (más eficaz y opresivo) y las levas obligatorias para servir en el ejército. En palabras de Ste Croix, "estos rasgos eran los que *requerían* un mayor aumento de la autoridad y del prestigio del emperador, para reforzar el dominio cada vez mayor que tenía la clase dirigente"³⁹. Estamos, pues, ante una transformación de gran alcance social y político, que desvela el papel decisivo de la milicia en las estructuras del Imperio. Augusto había sustentado el ejército del Principado en una reforma financiera (*vicesima hereditarium* y *centesima rerum venalium*) que afectó sobre todo a las clases superiores, y durante el Alto Imperio, cuando las victorias y el botín militar equilibran todavía los costos bélicos, este ejército se mantiene como una institución fiscalmente no opresiva para la

³⁷ JONES A. H. M., "El trasfondo social de la lucha entre el paganismo y el cristianismo", en MOMIGLIANO A. (Ed.), *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid 1989, 31 ss.; BARNES T. D., "Who were the Nobility of the Roman Empire?", *Phoenix* 28 (1974), 444-49; JACQUES F., "L'ordine senatorio attraverso la crisi del III secolo", en *Società romana e impero tardoantico*, I. Istituzioni, cete, economie, Roma 1986, 81-225; UBIÑA J. F., "Aristocracia provincial y Cristianismo en la Bética del s. IV", en C. GONZALEZ (ed.), *La Bética en su problemática histórica*, Granada 1991, pp. 31-62.

³⁸ MACMULLEN R., *Soldier and civilian in the later Roman empire*, Harvard U. P. 1963, 152 ss.

³⁹ STE CROIX G. E. M., *op. cit.*, 436. Cf. en el mismo sentido DE MARTINO F., *op. cit.*, 483 ss. Sobre las atribuciones imperiales de esta época, MILLAR F., *The Emperor in the Roman World (31 B. C. - A. D. 337)*, Londres 1977, 203 ss.

ciudadanía. Los problemas del siglo III trastocaron este difícil equilibrio socioeconómico: aumentan los gastos militares y disminuyen sus contraprestaciones, pero las ineludibles reformas militares y financieras no serán ahora sufragadas por los ricos sino por los pobres, sea directamente -mediante impuestos o levas obligatorias-, sea indirectamente -con el empeoramiento de sus ya pésimas condiciones de vida⁴⁰.

El debate acerca de la continuidad institucional entre la Antigüedad tardía y el Alto Imperio, que hunde sus raíces en la historiografía decimonónica del romanticismo final⁴¹, necesita un nuevo planteamiento a la luz de este contexto sociopolítico. Un punto de obligada referencia es la obra de Dopsch y Pirenne, medievalistas enfrentados en sus concepciones teóricas, pero coincidentes en minimizar de tal modo la trascendencia de las invasiones bárbaras que el primero retrasa la fecha final del mundo antiguo hasta Carlomagno y el segundo hasta las invasiones árabes. El austríaco Dopsch no minusvaloraba por ello la aportación cultural de los germanos, sino que revalorizaba su identidad nacional frente a la civilización bajoimperial, que aquellos habrían asimilado a la manera que hicieron los romanos con el helenismo: la continuidad fue, pues, absoluta, tanto en las instituciones, como en la cultura y en las formas económicas urbanas (*Keine Kulturzäsur and keine Katastrophe*)⁴². En el mismo sentido, aunque inspirándose en Fustel, el belga Pirenne concluía que fue la llegada de los árabes, la transformación del Mediterráneo en un lago musulmán, lo que puso fin al intercambio de mercancías e ideas, propicia la crisis del reino merovingio y permite a la Iglesia independizarse del emperador bizantino, erigiéndose en la autoridad principal, si no única, de Occidente. Entonces, entre los años 650 y 750, adquiere Europa una nueva fisonomía, definida por el feudalismo y la autoridad eclesiástica, pero con los claroscuros que empiezan a perfilar los estados en formación. Carlomagno, que culmina este proceso, es la gran respuesta occidental a la obra aniquiladora de los fieles de Mahoma⁴³. De este modo, serían precisamente dos medievalistas los primeros en razonar teóricamente la vinculación de la *Spätantike* al mundo clásico grecorromano, idea que luego ha sido mantenida por la generalidad de los historiadores de la Antigüedad.

⁴⁰ JONES A.H.M., *Augusto*, Buenos Aires 1974, 136 ss. MANN M., *Las fuentes del poder social I*, Madrid 1991, 359 ss. Pero la incidencia del "estado de guerra" del siglo III sobre la sociedad civil y las instituciones ha dado lugar a más tópicos en la historiografía de segunda mano que a planteamientos y soluciones teóricas rigurosas, según muestra el reciente estudio de CARRIE J. -M., "L'ercito: trasformazioni funzionali ed economie locali", en GIARINA A. (ed.), *Società romana e impero tardoantico I. Istituzioni, Ceti, economie, Roma-Bari 1986, 449-488*.

⁴¹ Por ej. HEGEL C. F. *Geschichte d. Staterverfassung Italiens*, I, Leipzig 1844-1847) creyó encontrar los orígenes de las instituciones medievales en el mundo bárbaro, mientras que Fustel afirmaba por el contrario su procedencia romana FUSTEL DE COULANGES N., *Histoires des Institutions politiques de l'ancienne France*, I, 1875).

⁴² DOPSCH A., *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea (de César a Carlomagno)*, Madrid 1982 (original alemán, Viena 1923-24).

⁴³ PIRENNE H., *Mahomet et Charlemagne*, París-Bruselas 1937 (Madrid 1978).

1. - Es sin duda en el ámbito superestructural donde las transformaciones del siglo III aparecen de manera más evidente y radical. Pero también ha sido aquí donde se han dado las interpretaciones más divergentes y las controversias más encendidas. Pensemos, como ilustración, en el arte, la literatura y la vida religiosa:

Bianchi Bandinelli mostró que ni siquiera cabía hablar de lenguaje nuevo para el arte tardorromano, aun cuando sean indiscutibles las influencias de origen parto y oriental en las representaciones del emperador, sino más bien de la desintegración de la *koiné* artística helenístico-romana⁴⁴. Lo más esencial de la iconografía y del estilo de esta época estaba ya presente en las producciones artísticas de las clases medias provinciales y de la plebe romana. Su elevación a estética dominante reflejaría, pues, el auge de estos sectores sociales, convertidos en el armazón del Imperio frente al declive de los *ordines* tradicionales que, identificados con los cánones figurativos del helenismo, habían elaborado un arte propio de Roma "como centro de poder". Lejos de reflejar una época oscura, el arte "plebeyo" del siglo III inspirará a los autores cristianos que muy pronto se percataron de sus posibilidades pedagógicas para la difusión doctrinal entre las masas de fieles: frente al realismo helenista y la representación del hombre como medida de todas las cosas, el nuevo arte emociona y enseña a los fieles mediante figuras frontales y estilizadas que se asocian según criterios religiosos y perspectivas irracionales. Buscando la expresividad y la espiritualidad, este arte se desinteresa del individuo como tal y reproduce tan sólo lo que en él pueda haber de incorpóreo y trascendente. No hubo, pues, declive alguno de los gustos estéticos, como creyó la historiografía tradicional, ni menos aún degeneración racial (Burckhardt) o ratificación de que cada pueblo tiene su arte (Mommsen). La historiografía reciente nos ha enseñado, por el contrario, que el arte es un lenguaje cuyas claves deben entenderse con criterios históricos y sin los prejuicios clasicistas dominantes en Europa al menos desde Winckelmann⁴⁵. El arte plebeyo interesa al historiador como testimonio elocuente del triunfo de la aristocracia rural, aun cuando su ámbito físico sea con frecuencia la ciudad bajoimperial, feudalizante y cristianizada, especie de sucedáneo de los *municipia* romanos, cuyas funciones clásicas nunca dejarán de emular. La nueva estética se impuso de hecho en la topografía urbana, que desde el siglo III se "cristianiza" con no menos intensidad que se cristianizaron las instituciones político-religiosas o la espiritualidad: iglesias, baptisterios, *martyria*, monasterios... reflejan el nuevo rumbo de la vieja locura romana de la piedra, esto es, de un evergetismo que ha perdido su dimensión política y se ha teñido de religiosidad⁴⁶.

No es otra cosa lo que acaece en el ámbito literario, al que debemos prestar

⁴⁴ BIANCHI BANDINELLI R., "Formación y disolución de la 'koiné' helenístico-romana", en *Del Helenismo a la Edad Media*, Madrid 1981, 49-71.

⁴⁵ Sobre este aspecto, cf. BIANCHI BANDINELLI R., *op. cit.* 35 ss. IDEM, *Introducción a la arqueología clásica como historia del arte antiguo*, Madrid 1982, 41 ss. GRABAR A., *Las vías de la creación en la iconografía cristiana*, Madrid 1991, 15 ss.

⁴⁶ FEVRIER P. A., "Permanence et heritages de l'Antiquité dans la topographie des villes de l'Occident durant le Haut Moyen Age". *Sett. Stud. Alt. Medioev.* XXI (1974), 41-138; IDEM, "Images de la ville dans la Chétienté naisante", XI Cong. int. Arch. Chr. vol II, 1371-92; GARCIA MORENO L. A., "La cristianización de la topografía de las ciudades de la Península Ibérica

consideración dado que el período imperial se ha interpretado principalmente a la luz de las fuentes escritas. Pero rara vez se ha tenido en cuenta que, a diferencia de la mentalidad moderna, los autores antiguos contemplaron el acaecer histórico no en clave de progreso sino de declive y corrupción. Desde Hesíodo, la literatura clásica sólo conoce el ocaso. Mazzarino ha mostrado espléndidamente este rasgo pesimista en historiografía romana desde que Polibio pone en boca de Escipión Emiliano, el día mismo de la destrucción de Cartago, los versos con que Héctor despidió a Andrómaca: "Llegará un día en que la sagrada Ilion haya perecido, y Príamo y el pueblo de Príamo, el óptimo lancero", versos que Escipión pronuncia pensando en Roma, pues presentía que su destino no sería diferente al de Troya, ni al de los asirios, medos, persas o macedonios⁴⁷. El historiador moderno debe además advertir el moralismo y la retórica de los clásicos así como su aristocrático desinterés por la suerte de las clases más humildes. Por esta razón, la historiografía clásica fue incapaz de captar la realidad como conflicto de fuerzas y de elaborar un discurso razonado sobre la evolución económica o de las mentalidades. El interés primordial por los acontecimientos contemporáneos, a los que se daba siempre una preeminencia absoluta sobre cualquier circunstancia del pasado, aumentó este lastre del pensamiento antiguo. Como antítesis a esta limitación del realismo y de la conciencia histórica, los cristianos encontraron en la Biblia un estilo sencillo y un sorprendente protagonismo popular, que se ejemplificaba tanto en los humildes protagonistas de sus libros como en el propio mito de la encarnación de Jesús. La figura más aparentemente insignificante, indecisa y hasta cobarde, como Pedro, podía estar llamada a desempeñar un papel extraordinario. Esta es la fuerza del género hagiográfico y el tremendo impacto social de la literatura apocalíptica. Cuando los autores paganos o cristianos (Dion Casio, Herodiano, Cipriano, Historia Augusta...) hablan de decadencia o de la proximidad del fin, el historiador actual no puede entenderlo en su literalidad formal, sino en el contexto cultural que animaba a unos y otros, imbuidos siempre de concepciones mucho más retóricas o religiosas que estrictamente históricas⁴⁸. Así pues, los cambios literarios confirman la ausencia de rupturas bruscas, la progresiva difusión de formas y temas impropios del estilo sublime tradicional y una orientación más popular de la escritura. Aunque Altheim consideraba el éxito de la novela como una expresión formal de la decadencia cultural y del cataclismo que conmovió al Imperio en aquel tiempo, los testimonios

durante la Antigüedad Tardía", AEAruq. 50-51 (1977-8), 311-21; MANSUELLI G. A. "La città romana nei primi secoli dell'impero", ANRW II, 12, 1 (1982), 145-178; IDEM, "Trasformazione cristiana della città antica", VI Cong. naz. di Archeologia cristiana, Pesaro-Ancona 1983, 51- 61; TESTINI P., "Spazio cristiano nella tarda antichità e nell'alto medioevo", Ibidem, 31-48.

⁴⁷ Polibio, XXXVIII, 22 (Apiano, Púnica 132); Ilíada IV 164-5 y VI 448-9. MAZZARINO S., El fin del mundo antiguo, 8 ss. MARROU I. -H., *Op. cit.* 127 ss.

⁴⁸ AUERBACH E., *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México 1975, 9 ss. GABBA E., "Literatura", en CRAWFORD M. (ed.), *Fuentes para el estudio de la Historia Antigua*, Madrid 1986, 13-91. Sobre los autores y obras que proclaman una decadencia general y la inminencia del fin en los siglos IV y V, cf. COURCELLE P., *Histoire littéraire des invasions germaniques*, Paris 1964. Para otros períodos cf. MACMULLEN R., *Le déclin de Rome et la corruption du pouvoir*; Paris 1991, 15 ss.

que él mismo aporta (Petronio, Apuleyo, Longo, Jámblico...) prueban que la «crisis» no se circunscribe al siglo III, que el nuevo género literario coincide con el resurgimiento de culturas nacionales (copto, sirio, persa, árabe, bereber...) y que no hace sino reflejar las reacciones sociales ante una realidad en tantos aspectos novedosa y extraña⁴⁹.

El cambio más significativo es el religioso. Pero también aquí estamos razonablemente convencidos de que la oposición paganismo/cristianismo se percibe mejor en la historiografía moderna que en las fuentes antiguas. Paganos y cristianos, imbuidos todos de la cultura clásica, vivieron las mismas inquietudes espirituales, como puso de relieve Dodds, si bien hoy trasladaríamos al siglo IV las experiencias más sublimes de lo que él llamó "una época de angustia". Las tesis de los grandes maestros de finales del siglo XIX e inicios del XX -el protestante Harnack, el católico Duchesne o el modernista Loisy-, que subrayaban sin pretenderlo la idea de crisis ante la expansión del cristianismo y de las religiones místicas, deben revisarse a la luz de la evolución espiritual sufrida por la piedad tradicional. Pues también ésta, como el arte o la literatura, no refleja tanto un enfrentamiento ideológico cuanto una lenta transformación vivificada por los cambios sociales de la época imperial⁵⁰.

3. - Consideraciones finales

La "crisis del siglo III" es un mito y un tópico historiográfico equívoco, pues lo que realmente entró en crisis fue el sistema augústeo, cuyas contradicciones estallaron en múltiples momentos críticos, revolucionarios a veces, desde la propia dinastía Julio-Claudia. En ocasiones, especialmente durante el reinado de Decio y sus sucesores, el Imperio afrontó ciertamente vicisitudes tan graves (Reinados independientes de las Galias y Oriente, movimientos secesionistas norteafricanos, conquistas persas y germanas...) que su desintegración política estuvo a punto de consumarse. Pero no hubo una crisis centenaria ni universal. Y el Imperio conocerá después momentos y problemas no menos difíciles, sobre todo en Occidente, que provocarán de hecho su desintegración.

Las fuentes literarias sobre la supuesta crisis del siglo III son inconsistentes. En primer lugar, porque no se ha tenido en cuenta los sentimientos aristocráticos y pesimistas que inspiran la literatura clásica ni la razón escatológica y antihistórica que vertebraba la exégesis cristiana. En segundo lugar, porque los testimonios disponibles son demasiado imprecisos y escasos para un imperio tan vasto y un tiempo tan dilatado:

⁴⁹ ALTHEIM F. *Visión de la tarde y de la mañana. De la Antigüedad a la Edad Media*, Buenos Aires 1965, 16 ss.

⁵⁰ DODDS, *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino*, Madrid 1975; MACMULLEN R., "What difference did Christianity make?" *Historia* 35 (1986), 322-43; UBIÑA J. F., "Espiritualidad pagana y cristiana en el Mundo Mediterráneo del Bajo Imperio", en MUÑOZ F. (ed.), *Confluencia de culturas en el Mediterráneo*, Granada 1993, pp. 57-78.

1) *Dion Casio* (LXXII, 36, 4), afirma efectivamente que el Imperio pasa de una época áurea a otra de hierro y herrumbre con la muerte de Marco Aurelio. Pero esta afirmación es evidentemente retórica y apenas ocupa dos líneas (267, 14-268, 21) del epítome del libro 72 realizado por Xifilino en el siglo XI. Recuérdese que la obra de Casio consta de 80 libros y que este autor, perteneciente a las élites senatoriales, abordó su trabajo histórico (por inspiración divina) como homenaje a Septimio Severo, emperador que, según él, había inaugurado... una nueva era de esplendor para Roma (LXXIII, 23; LXXV, 3) y supo igualmente apreciar que el declive tuvo una larga gestación durante el Principado, sin excluir siquiera el reinado de Marco Aurelio⁵¹.

2) *Herodiano*, historiador de la época de Filipo (244-249) y posible liberto imperial, también dice vivir tiempos difíciles: "si alguien pasara revista a todo el período que arranca de Augusto, desde que el régimen romano se transformó en poder personal, no encontraría en los cerca de doscientos años que van hasta los tiempos de Marco Aurelio ni tan continuos relevos en el poder imperial, ni tales cambios de suerte en guerras civiles y exteriores, ni conmociones en los pueblos de las provincias y conquistas de ciudades, tanto en nuestro territorio como en muchos países bárbaros, ni movimientos sísmicos y pestes ni, finalmente, vidas de tiranos y emperadores tan increíbles, que antes eran raras o ni siquiera se recordaban"⁵². La inspiración tucididea de este pasaje (esp. *Tuc.* 1, 1) ha sido frecuentemente señalada. Quizás esto no cuestione la verosimilitud de su diagnóstico fatalista, pero al menos nos advierte de su interés por los paralelismos más que por el análisis de una precisa realidad histórica. En todo caso, tanto él como Dion no hacen sino reflejar el resentimiento de las clases superiores por la pérdida de sus privilegios en época imperial y ambos creen inconscientemente, como todos sus coetáneos, que los períodos de bienestar dependen de las cualidades morales del emperador. La solución no se contemplaba, pues, como el resultado de una determinada política imperial, sino como la restauración de los valores tradicionales⁵³.

3) Es precisamente esto, la marginación política del Senado ante el poder omnímodo de la monarquía militar, lo que impulsó a los historiadores nostálgicos

⁵¹ MILLAR F., *A Study of Cassius Dio*, Oxford 1964, 8-13 y 138-150; GASCO F., "Buenos y malos emperadores en Casio Dio", en *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid 1988, 115-140. Para su evocación de la República como crítica de la monarquía imperial y el concepto senatorial de "crisis", cf. ESPINOSA U., *Debate Agrippa-Mecenas en Cassius Dio. Una respuesta política a los problemas del Imperio romano en época severiana*, Madrid 1982, 23 ss. y 189 ss.

⁵² HERODIANO, *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio*, I, 4 (Traducción de J. J. Torres, Madrid 1985, p. 86).

⁵³ Como ocurrirá luego con tantos emperadores del siglo III, en Cómodo se cebó la hostilidad del sector nobiliario representado por los historiadores mencionados, cuyos relatos son en su conjunto "una gigantesca ficción montada con las piezas prefabricadas que ofrecía el mito del tirano al uso en la época": ESPINOSA U., "El reinado de Cómodo: subjetividad y objetividad en la antigua historiografía", *Gerión* 2 (1984), 113-148, p. 149.

del siglo IV, en especial los inspirados en la reacción filosenatorial de Juliano o en la posterior de Eugenio ahogada en la batalla del río Frigido (Aurelio Víctor, SHA, Eutropio, Festo... Amiano incluso), a contemplar la anterior centuria como la última ocasión perdida para restaurar el prestigio de su clase política: un ejercicio de propaganda, más que de objetividad histórica, pues se negaba a reconocer la evidencia de que el Principado había muerto con anterioridad, con las reformas severianas del ejército y de las cohortes pretorianas, sin que luego el Senado tuviese ya la menor posibilidad de recuperar el protagonismo perdido, ni bajo los denostados emperadores-soldados ni tampoco bajo los supuestos emperadores prosenatoriales de aquel siglo (Gordiano, Valeriano, Tácito, Probo...)⁵⁴.

4) *Los cristianos* de esta época, sobre todo los grupos minoritarios heréticos o rigoristas, creyeron aun con más convencimiento que el imperio y el mundo terrenal tardarían poco en desaparecer. Pero la literatura apocalíptica se remonta al siglo anterior, proseguirá en los siguientes y, como queda dicho, no persigue analizar objetivamente la realidad, sino buscar en ella los signos escatológicos del final de los tiempos. Paradójicamente, pretendían así responder a los paganos que atribuían las calamidades de la época a la impiedad cristiana, aunque de este modo no hacían sino dar la razón a sus acusadores⁵⁵. Este es el caso de Cipriano, cuyos escritos se han citado reiteradamente para probar la "crisis del siglo III". Su tratado *Ad Demetrianum*, de mediados de este siglo, hace en efecto una descripción patética del momento, pero su intención prioritaria es exculpar a los cristianos de las calumnias formuladas en su contra por los coetáneos: "nos achacan que estallan muchas guerras, que causan estragos la peste y el hambre, que prolongadas sequías nos dejan sin lluvia... A este propósito tú, que ignoras el plan divino y la verdad, debes saber en primer lugar que el mundo ha entrado ya en su senectud, que no se mantiene con aquellas fuerzas que tenía antes ni con aquel vigor y firmeza con que había florecido anteriormente... En los campos disminuyen los labradores, en los mares los marinos, en los campamentos los soldados... sábetete que está vaticinado que aumentarían estos males en los últimos tiempos, que se multiplicarán las adversidades y, al acercarse el día del juicio, se encenderán más y

⁵⁴ Es ilustrativa a este respecto la tendenciosidad de la tradición histórica sobre Galieno, al que se retrató como un monstruo impío, responsable de todo tipo de males, incluso de las calamidades naturales, pero no de sus victorias: Cf. HOMO L., "*L'empereur Gallien et la crise de l'Empire romain au IIIe siècle*", RH 113 (1913), 1-22 y 225-267, y en general POLVERINI L., "*Storiografia e propaganda. La crisi del III secolo nella storiografia del IV*", en I canali della propaganda nel mondo antico, a cura di M. Sordi, Milán 1976, 252-270, que analiza los textos más significativos.

⁵⁵ Cf. Arnobio, *Adv. nat.* II, 45-46; Orígenes, *Comm. in Matth.* 36 y C. Celsum, 7, 72 ss. Sobre las profecías que anuncian el fin de Roma y del mundo, cf. fuentes y bibliografía en MAZZA M., *Op. cit.*, 511, n. 14, que también las cita como testimonios de la crisis. Pero en los datos que él aporta puede constatar que estas profecías van del siglo II al IV y, por tanto, difícilmente pueden considerarse testimonios de la crisis del siglo III. Sobre los oráculos de este género pertenecientes al siglo IV, que se supone de relativa recuperación, cf. CHADWICK H., "*Oracles of the End in the Conflict of Paganism and Christianity in the Fourth Century*", Memorial A-J. FESTUGIERE. *Antiquité païenne et chrétienne*, Ginebra 1984, 125-129.

más la ira de Dios enojado para enviar castigos al género humano"⁵⁶. Cipriano retoma, pues, temas clásicos de decadencia biológica y social para ilustrar las creencias apocalípticas del cristianismo. Por eso la decadencia es un hecho del que sólo cabe dar fe, no analizarlo ni explicarlo racionalmente como haría un historiador moderno. Si en él no hay asomo de alegría por esta constatación, ello se explica solamente por su patriotismo y su cultura clásica, que en modo alguno quiere ver desaparecer. Otros cristianos de ésta y de otras épocas no ocultarán, en cambio, su contento por el anunciado fin del mundo y de Roma, por la instauración del reino de los justos donde los últimos serán los primeros, como vemos en Tertuliano cuando vociferaba *adversus institutiones maiorum, auctoritates receptorum, leges dominantium, argumentationes prudentium, adversus vetustatem, consuetudinem*⁵⁷.

En ausencia de una teoría de la evolución histórica y de la idea de progreso como transformación del presente, la literatura antigua sólo tiene vocablos negativos para designar los cambios sociales. Los hombres del siglo III tuvieron indudablemente conciencia de algunos aspectos o momentos especialmente críticos, pero quizás no tanto de la transformación profunda de las estructuras sociales y de las mentalidades⁵⁸. En cualquier caso, paganos y cristianos, defensores y detractores de la sociedad clásica, compartieron sentimientos comunes a este respecto. Y no sólo en su valoración pesimista y negativa. Ambas concepciones del mundo y de la historia coincidieron también en la sublimación optimista de la realidad, haciendo de ella el preludio de una edad dorada. El contrapunto pagano al reino mesiánico de Cristo podemos encontrarlo en los ideales políticos del emperador Probo. La *Historia Augusta* pone en su boca palabras esperanzadoras sobre un futuro idílico donde ni siquiera los ejércitos imperiales tendrán razón de ser: "ya no se fabricarán armas en ninguna parte del mundo. No serán necesarios los aprovisionamientos militares; los bueyes arrastrarán el arado y los caballos vivirán únicamente para labores pacíficas. No habrá guerras ni existirán cautivos. En todos los lugares reinará la paz, los jueces y las leyes de Roma" (*Vita Probi*, XX. Trad. de B. García). Al igual que en el tratado *Ad Demetrianum*, la enfermedad ha sido también aquí fríamente diagnosticada: el ejército es la sanguijuela del imperio. Pero a falta de una escatología religiosa pagana, el cronista debe recurrir a la escatología política que contempla el proceso histórico como una jerarquía de

⁵⁶ Cipriano, *Ad Demetrianum* 2-5 (Traducción de J. Campos, Madrid 1964, pp. 274-277). Cf. ALFÖLDY G., "Der heilige Cyprian und die Krise des römischen Reiches", *Historia* 22 (1973), 479-501.

⁵⁷ Tertuliano, *Ad Nat.* II, 1, 7. Cf. FREDOUILLE J. -C., *Tertullien et la conversion de la culture antique*, Paris 1972, 74 ss., 235; otras referencias y bibliografía en MAZZA M., Op. cit., 512, n. 16 y MAZZARINO S., "La democratizzazione della cultura nel 'Basso Impero'", en *Antico, tardoantico ed èra constantiniana*, 74-98; IDEM, *El fin del mundo antiguo*, 6 ss.

⁵⁸ G. ALFÖLDI G. "The Crisis of the Third Century as Seen by Contemporaries", *GRBS* 15, 1974, 89-111, cree, sin embargo, que la conciencia de crisis (*Krisenbewusstsein*) fue tan profunda que muchos coetáneos también se percataron de las diversas mutaciones que entonces sufría el Imperio, aun cuando el pesimismo no estuvo tan generalizado como cabría esperar (esp. pp. 103 y 107).

metales: los tiempos actuales de hierro darán pronto paso al *aurum seculum*, feliz y pacífico, que devolverá a Roma el dominio del mundo⁵⁹.

La transformación imperial de los siglos II-IV (y sus continuación en la llamada Antigüedad Tardía) puede contemplarse en su globalidad, en la "larga duración", mediante el análisis de la evolución ideológica (artística, literaria y religiosa especialmente), institucional (Corte, ejército y magistraturas ciudadanas) y socioeconómica (autarquía regional, depreciación monetaria, declive comercial, colonato y relaciones de patrocinio), pero ni siquiera en esta perspectiva cabe privilegiar al siglo III. El sistema augústeo afrontó entonces numerosos problemas o "crisis" de alcance local o temporal, que apenas pueden precisarse a grandes rasgos con la ayuda de la arqueología, la numismática y la epigrafía⁶⁰. Sirva de ejemplo el reciente informe arqueológico sobre las ciudades hispanas durante los siglos II-IV d. de C. elaborado por P. Sillières, donde se afirma que sólo hay datos fiables de tres ciudades y que de ninguna pueden ofrecerse estratigrafías precisas⁶¹. En otras palabras, la documentación no literaria constata hechos imprecisos (en sus motivaciones concretas y en su cronología) que podrían avalar el proceso global de la "crisis": amurallamientos, deterioro de la vida urbana, declive del evergetismo y de la actividad política tradicional... Pero deja sin respuesta las interrogantes sobre sus causas históricas, sus etapas, sus

⁵⁹ En este contexto ideológico debería quizás entenderse el papiro egipcio (Fay, 20) que alude al edicto de Severo Alejandro dispensando a sus súbditos del *aurum coronarium*. Consciente de la situación de "decadencia" (*klinon*), el emperador propone como solución la restricción en los gastos y el fortalecimiento de las virtudes morales, de la *sophrosyne* y de la *philanthropia* imperial (Cf. PREAUX Cl., "Sur le déclin de l'Empire au III^e siècle de notre ère. A propos de P. Fayum 20", CE, 1941, 123 ss. Pero Seston cree que podría tratarse de una falsificación de época de Juliano el Apóstata para apoyar su política fiscal: REA, 1942, 224-233). Otro tanto cabe decir del discurso anónimo *Eis Basileia* (dirigido a un emperador innominado, se discute si éste sería Antonino Pío, Macrino, Filipo el Arabe, Decio o Galieno), que retoma los ideales de las paideía griega y ensalza las mismas virtudes imperiales: humanismo, amor a la paz, moderación y prudencia (cf. MAZZA M., *op. cit.*, 513-514, n. 24; MAZZARINO, *L'impero romano*, 626- 627, 813 y JONES C. P., "Aelius Aristides, *Eis Basileia*", JRS, 62, 1972, 134-152).

⁶⁰ MILLETT M., "Whose crisis? The archaeology of the third century: a warning", en KING A. y HENIG M., (eds), *The Roman West in the Third Century. Contributions from Archaeology and History*, Oxford 1981, 525-529. Por eso G. BRAVO define correctamente este período como "el siglo de las crisis": *Poder político y desarrollo social en la Roma antigua*, Madrid 1989, 208.

⁶¹ Se trata de Ampurias (cuyo forum se abandona a partir del siglo II), *Munigua* (varios edificios importantes están en ruinas desde finales del siglo II y durante todo el siglo III) y *Belo* (su macellum sufre una lenta ruina en las mismas fechas y la basílica se abandona con los Severos). Sin embargo la crisis no afectó por igual a las tres: *Munigua* parece despoblarse en la segunda mitad de la tercera centuria, pero *Belo*, a tenor de los datos numismáticos y de las cerámicas, mantuvo su actividad económica. Ampurias sería abandonada a fines del siglo III y sus habitantes se reagruparon en la vecina Sant Martí. En todos los casos parece obvio que la población se habituó de algún modo a vivir entre las ruinas de sus edificios públicos y que el paisaje urbano del siglo IV se renovó profundamente: construcción de casas en el forum de *Belo*, utilización de las ruinas de *Munigua* como cementerio y construcción de murallas, desaparición de espacios y edificios públicos (forum, basílicas...), etc. SILLIERES P., "Vivait-on dans des ruines au III^e siècle ap. J. -C.? Approche du paysage urbain de l'Hispanie d'après quelques grandes fouilles récentes", en Ciudad y comunidad cívica en Hispania (siglos II y III d. C.), Madrid 1993, 147-51 (con bibliografía específica).

otros datos arqueológicos cuestionan la realidad misma de un período crítico o bien confirman su carácter limitado. Lo que hoy se necesita precisar, también arqueológicamente es, pues, la cronología, el sentido y el alcance de las transformaciones urbanas, la nueva función de los municipios y su relación socioeconómica con el desarrollo rural⁶².

El espíritu clasicista de la tradición historiográfica ha marcado con signo negativo y ha magnificado los factores supuestamente responsables de la caída de Roma (cristianismo, invasiones, despotismo imperial, barbarización militar...), dejando en el olvido circunstancias y procesos históricos de singular relieve. Todo ello está siendo reconsiderado actualmente. Mazzarino, por ejemplo, cree con razón haber demostrado que la revolución social desencadenada por la reforma monetaria de Constantino tuvo un alcance similar al de su revolución religiosa, y recuerda otros aspectos ya señalados de la investigación más reciente. La historiografía del mundo romano vuelve, sin embargo, al punto de partida humanista e ilustrado: el Bajo imperio es la clave para entender la cultura romana que vivificará Europa como "il III secolo è il metro della storia imperiale". En este sentido, el triunfo de Burckhardt sobre Mommsen ha sido total⁶³. Pues hoy estamos razonablemente convencidos de que el Principado contenía en sus contradicciones las formas supuestamente "decadentes" del mundo antiguo, que el imperio romano sólo es comprensible como preparación del imperio cristiano, es decir, del Bajo Imperio. Una vez más, en Historia es la anatomía del hombre quien da las claves para entender la anatomía del mono, y no al revés.

⁶² Las diversas contribuciones arqueológicas a la obra antes citada de KING A. y HENIG M. (*The Roman West in the Third Century*) prueban que el siglo III fue un período de desarrollo muy desigual en las diversas regiones del Imperio occidental: según el estudio de CARANDINI A. y PANELLA C. (*The trading connections of Rome and Central Italy in the late second and third century: the evidence of the Terme del Nuotatore excavations, Ostia*), pp. 487-503) el declive comercial de Italia debe retrotraerse a principios del siglo II. El reciente estudio de G. BRAVO concluye igualmente que tampoco en Hispania puede hablarse de "crisis" económica y social sino todo lo contrario (*La otra cara de la crisis: el cambio social*), en *Ciudad y comunidad cívica en Hispania*, 153-160, esp. 157). En esta misma línea se pronuncia ARCE J., *La ciudad en la España tardorromana: ¿continuidad o discontinuidad?*, en *Ibid.* 177-184 y LEPELLEY C., *Universalité et permanence du modèle de la cité dans le monde romain*, *Ibid.* 13-23 (con bibliografía sobre la permanencia de la vida urbana en Occidente y Asia Menor).

⁶³ MAZZARINO S., *L'Impero romano*, vol. III, p. 813; *IDEM*, *Storia romana e storiografia moderna*, 59-63; *IDEM*, *'Burckhardt, il 'Tardo antico' e una lezione di Mommsen su Traiano*, en *Antico, tardoantico ed era costantiniana*, 11-31.